

cupido
POR UNA
Vez

©2019, Yami Krismiya

Corrección

Anny González

Cynthia Cornejo Muñoz

Diseño de cubierta:

Gabriela Antón Rey

Maquetación:

Mireya Murillo Menéndez

Obra registrada en: Safe Creative

Obra registrada en: Propiedad intelectual de Chile

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, queda rigurosamente prohibidas, sin la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

¡Lo nuevo pisotea lo antiguo!
Malditos seáis los dioses jóvenes que derogáis las viejas leyes.

capitulo

UNO

Les voy a contar la historia sobre como una chica a la que le gusta un chico, desde hace bastante tiempo, termina destrozada porque el idiota comienza a salir con otra. ¿Muy cliché? ¡Pues jódanse, porque me acaba de pasar!

Pedí otro vaso de vodka pensando que tal vez el alcohol podría apagar mi llanto, pero solo me hacía sentir peor. Era plenamente consciente de ello, el alcohol no servía para ahogar las penas, solo te hacía olvidar en el momento, pero los problemas seguían. Me sabía la lección de memoria, pues solía abrazarme al inodoro varias veces al mes y nunca aprendía.

—Lizzie creo que es suficiente —dijo Francisca, mi mejor amiga—. Hay muchos hombres en el mundo como para morirse por uno.

—¿Por qué le tenía que gustar mi hermana?! —chillé—. Es decir, no somos muy distintas: tenemos los mismos padres, vivimos en la misma casa, tenemos el mismo color de pelo y ojos, aunque los míos son un poco más oscuros. Bueno, ella es un poco más alta y más delgada, y...

—Lizzie, Lizzie —llamó Fran interrumpiendo mis divagaciones—. Eres bellísima.

—¡Eres mi mejor amiga! Es lo mismo que lo digas tú o mi madre —acusé.

El encargado trajo mi pedido, pero antes de poder tomarlo Fran se adelantó y lo apartó de mí.

—¡Hey! —reclamé.

—Ya bebiste suficiente, llamaré a un Uber —anunció mi amiga.

—Eres mala.

Mientras Fran intentaba usar la aplicación y mantenía lejos mi vaso de vodka, terminó la canción que un joven moreno estaba cantando en el karaoke. El muchacho devolvió el micrófono y el animador dijo algunas palabras por su actuación antes de incitar al público a subirse a la tarima.

Levanté la mano y corrí lo más erguida que pude a la tarima, siempre con dignidad.

—¡Tenemos una participante! —exclamó el hombre ignorando mis evidentes copas de más.

Fran ni siquiera se dio cuenta que me había movido hasta que fue muy tarde. Desde el escenario, pude ver su cara de horror al encontrarme en el centro de todas las miradas.

—¿Qué canción vas a pedir? —El animador me dedicó una gran sonrisa y extendió el micrófono para escuchar mi respuesta.

—Esta canción se la quiero dedicar a alguien muy especial para mí —expliqué pacientemente para evitar que se me enredara la lengua—. Se trata de un chico que llena mis días de alegría y felicidad, la persona en quien pienso constantemente, especialmente cuando escucho la palabra «amor».

—¡Veo que eres una joven romántica! —comentó entusiasmado el animador.

—Sí. ¿Cuál era tu nombre? —inquirí.

—Felipe —respondió el hombre.

—Felipe —repetí—. No me interrumpas, por favor. Como iba diciendo, yo sé que este chico no me va a escuchar, así que solo espero que al menos le lleguen mis sentimientos.

Algunos aplausos se hicieron oír en el público y miré a Fran, cuya mirada decía: «no hagas ninguna estupidez». Sin embargo, ya la había hecho desde el momento en que había decidido subirme a la tarima o incluso antes, cuando conocí a Víctor; o tal vez cuando tomé una serie de decisiones equivocadas que me llevaron a esto. Pero en ese momento no me importaba.

Cuando dije el nombre de la canción Felipe me miró horrorizado, mas no me arrepentí. Hice un gesto al Dj, a quien parecía divertirle la elección, mientras que los demás asistentes se habían quedado en completo silencio.

La música comenzó a sonar y sin preocuparme por mi horrible voz, canté.

—Rata inmundada, animal rastrero...

Escuché algunas risas entre el público, quienes ya habían caído en la cuenta de que en el escenario se encontraba una chica despechada y borracha, la peor combinación posible.

Antes de que mi dignidad terminara por los suelos, Fran se subió y me arrebató el micrófono de las manos. Me resistí, pero mi condición no me permitía oponer demasiada resistencia.

—A estas alturas de tu carrera ya deberías saber lo que una mujer con unas copas de más es capaz de hacer, Felipe —le dije al animador antes de bajar por la fuerza.

Fran apenas me metió en un coche, que no sé de dónde salió. Sabía que no tenía sentido discutir conmigo, por lo que guardó silencio durante el viaje. Ojalá yo hubiese tenido su entereza, pero en vez de mantener la compostura a los pocos minutos del recorrido comencé a llorar y a maldecir.

El vehículo nos dejó en la puerta del edificio, Fran pagó y me llevó hasta mi piso, soportando mis comentarios sin sentido y mi mal aliento.

No fue necesario buscar las llaves, mi hermana abrió la puerta al primer toque y nos hizo pasar.

Vivía con ella en un pequeño apartamento en el centro de la ciudad. Habíamos nacido en el campo, no muy lejos de allí, por lo que nuestros padres nos habían permitido migrar para asistir a la universidad.

—¡Elizabeth! —chilló—. ¿Te encuentras bien? ¿Cómo puedes llegar así?

La miré y sentí que mi cabeza ardía como una caldera a punto de explotar.

Mi madre era fanática de Jane Austen, por eso mi nombre era Elizabeth y el de mi hermana Jane, como las dos hermanas Bennett. De haber tenido más hijas, habríamos completado el clan, sin embargo, los problemas con mi padre lo hicieron imposible.

Jane siempre fue la hermana bonita, inteligente y perfecta. Era dos años mayor que yo, y había aprovechado dicha diferencia de edad para abandonar la casa en cuanto los problemas familiares se presentaron. Por mi parte, tras graduarme en el instituto, tardé un año en postular a la universidad, incapaz de dejar a mi madre sola. Así se había formado todo un prejuicio en mi contra. Igual que en el libro, irónicamente me convertí en la hermana floja, irresponsable y poco esforzada.

Era injusto, pero no me importó porque sentía que era mi deber.

Sin embargo, aquel no me encontraba bien, por el contrario, me ha-

bía vuelto un estropajo andante producto del alcohol y el dolor que me provocaba el saber que el hombre a quien yo había amado durante más de un año hubiese preferido a mi hermana.

—¡Tú no te metas! —grité—. ¡Siempre te has mantenido al margen de todo! ¡¿Por qué te habría de importar ahora?!

—Porque eres mi hermana y el alcohol te está haciendo daño.

Miré a mi alrededor y descubrí que Fran ya no estaba, ni siquiera me había dado cuenta del momento en que se marchó.

—¡Pues tenerte como hermana también me hace daño! ¡¿Y qué?!

Mi amiga habría sido el único filtro para no decir lo que dije pues ella era me mantenía con los pies en la tierra. Pero se había ido, dejándome sin control.

Sin embargo, cuando vi los ojos azules de Jane mirándome como si le hubiese dado el peor de los golpes, no pude evitar sentirme como la peor persona del mundo.

Ya no me quedaba dignidad, así que solo me di vuelta e intenté llegar a mi habitación andando en zigzag. Cerré la puerta con un fuerte golpe y una vez que estuve en la intimidad de mi cuarto comencé a gritar.

No me importaban los vecinos, mi hermana, ni nadie que pudiese escuchar mis tristes lamentos. Necesitaba desahogarme, tenía que sacar toda la pena, la rabia y el dolor antes que estos terminaran consumiéndome.

—¡Maldición! —chillé—. ¡Todo es una mierda! ¡Todo esto es una maldita mierda!

Las lágrimas comenzaron a descender por mis mejillas y me cubrí la cara en un absurdo intento por tapparlas.

—¿Por qué? —gemí.

Mis piernas flaquearon y me permití caer de rodillas al suelo. No sabía si lo que tenía en la garganta era un nudo formado por la tristeza o algún nuevo efecto secundario del alcohol, pero lo que sí podía asegurar era que en mi corazón había un agujero, un maldito vacío. Casi podía sentir la oscuridad en mi pecho, la nada, como si algo se lo hubiese tragado dejándome morir desangrada, sola con mis lamentos. ¿Por qué el destino jugaba estas malas pasadas? ¿Por qué Jane y yo teníamos que acabar enamoradas del mismo hombre? ¿Cuál era el sentido? ¿Qué clase de karma era este? Tantas preguntas y todas redundaban en lo mismo.

—¡¿Por qué?! —grité, golpeando el suelo, primero con la palma abierta, luego con ambos puños, hasta que me dolieron las manos.

Me puse en pie y pateé un cojín que había en el suelo sin dejar de preguntar en voz alta al universo.

Cogí un montón de cosas de mi escritorio y las lancé sin prestar atención. Era como si un demonio me hubiese poseído, nada me importaba, solo necesitaba descargar mi dolor. Es más, estaba segura que, de tener a Victor frente a mí, lo habría golpeado sin consideración. Lo odiaba porque era un estúpido, el peor idiota de la tierra y, sin embargo, lo amaba, por lo que no podía lastimarlo. A pesar de que él a mí sí.

Escuché el ruido de la cerámica al romperse, y cuando me di cuenta, había un pequeño ángel con una flecha en forma de corazón roto por la mitad. En ese momento ni siquiera recordaba de dónde lo había sacado, pero comencé a hablar con él, como si tuviese vida propia.

—¿Cuál es tu maldito problema?! —exclamé—. ¿Es tan difícil acertar una puta flecha? ¡Hasta un enfermo de Parkinson tiene mejor puntería! ¡Dios estúpido! ¡Me jodiste la vida!

Volví a tomar cosas al azar y seguí arrojándolas al suelo.

De pronto, en un pequeño desliz de conciencia, me di cuenta que en mis manos tenía un retrato en donde estábamos Jane y yo de pequeñas en el campo. Era una foto antigua, probablemente ninguna tenía más de trece años, y, sin embargo, me encantaba la foto, por lo que la había enviado a imprimir.

Me senté en la silla de escritorio, destrozada, abrazando el retrato y dejando que las lágrimas cayeran sobre la lámina de vidrio que lo cubría. Estuve así un par de minutos, lentamente comencé a calmarme y empecé a tener sueño. Sentía los ojos hinchados y las mejillas calientes. Dejé la fotografía de vuelta en su sitio e intenté llegar a mi cama.

Entonces me di cuenta que no estaba sola. Había alguien más en mi habitación.

La reacción de cualquier persona normal habría sido ponerse a gritar o huir, pero yo estaba cansada tras el alboroto que formé y lo suficientemente borracha como para hacer lo contrario.

—¿Cuándo te dejé entrar? —cuestioné.

El muchacho debía tener más o menos mi misma edad, en algún momento pensé que tal vez lo había conocido en el bar, y lo había traído a mi apartamento.

—¡Oh no! —exclamé—. Traje a un desconocido a mi apartamento, ¡ay no! —Miré en todas direcciones, buscando algo con que defenderme—. ¡No le hagas daño a mi hermana!

El extraño sonrió ligeramente, al parecer le divertía mi desesperada reacción.

—Lamento haberte asustado, es que te escuché llamándome con tanta fuerza que decidí venir —explicó.

Su voz era profunda, aunque no podía entender una sola palabra de

lo que decía.

—¿Yo te llamé? —repetí con desconfianza—. ¡Si ni siquiera sé quién eres!

—Me llamo Eros, soy el dios griego del amor —se presentó.

Y de pronto, todo se volvió oscuridad

capitulo

DOS

Esa mañana me desperté sabiendo que la noche anterior había hecho algo de lo que iba a arrepentirme para siempre. Era ese tipo de sensaciones que quieres ignorar, pero te atormentan sin descanso. Eso, sumado a mi enorme dolor de cabeza, las molestias en mi estómago, las náuseas y una sed insoportable hicieron de mi mañana una tortura. Aunque, en realidad, ya eran más de las doce.

No había despertado a tiempo para las clases de la mañana, pero aún podía ir por la tarde. Caminé hasta la cocina y me preparé el almuerzo. Jane no estaba, así que deduje que probablemente iba a comer en la universidad, lo que en cierta manera me alegraba, algo me decía que anoche había montado toda una escena y no quería enfrentar a mi hermana aún.

Jane y yo nacimos en un pequeño campo cerca de la ciudad, era un bello lugar en medio de la carretera conocido como La Noguera. Nos habíamos mudado solo para poder continuar nuestros estudios.

El paisaje de Everlille era distinto al de mi hogar: las áreas verdes habían desaparecido debajo de gruesas capas de cemento y los únicos animales con los que podía encontrarme eran perros y gatos, muchas veces callejeros, o palomas enfermas. Eran las consecuencias de la urbanización, pero lamentablemente no había universidades en el campo.

Mientras la carne se cocía, preparé una taza con hierbas para afir-

mar mi estómago antes de la comida.

Me senté en el sofá de la entrada, con la taza entre las manos. Cerré los ojos e incliné la cabeza hacia atrás, sintiendo el aroma de las hojas llenar mis pulmones. La cabeza me daba tumbos, me palpitaban las sienes, y mi estómago amenazaba con salirse por la boca.

Entonces algunos recuerdos aparecieron en mi cabeza. Primero, Fran y yo en un bar llorando porque mi hermana estaba saliendo con el chico que amaba. Luego, mi mejor amiga arrastrando lo poco que quedó de mí hasta el apartamento. Y finalmente...

—Oh no. —Suspiré.

Abrí los ojos y me quedé mirando el vacío, hundiéndome en el sofá, sabiendo que ayer me había pasado de la raya.

Lo peor era que ni siquiera podía recordar lo que le había dicho a Jane. Solo veía la decepción de su rostro y el dolor que mis palabras le causaron.

La olla comenzó a requerir mi atención, así que dejé mi taza a un lado y corrí a la cocina mientras la imagen de Jane se repetía en mi mente. Serví la mesa y mientras comía intenté llamarla, pero no hubo respuesta. Podía entenderla, yo en su lugar habría hecho lo mismo; sin embargo, necesitaba hablar con ella.

Tras llamar incansablemente, me di cuenta que no tenía sentido seguir, su falta de respuesta era porque en definitiva, no quería hablarme.

Dejé mi plato sin terminar y salí del apartamento, ni siquiera me preocupé de cepillarme el pelo, el cual era un caos. Necesitaba encontrarla, hablarle, y pedirle disculpas, sin importar si las aceptaba o no.

El autobús tardó unos insoportables quince minutos en llegar a la parada, subí y pagué el billete a toda prisa, consciente de que solo había un lugar en donde Jane podría estar a estas horas.

Interiormente, maldije a cada persona que hizo parar al conductor por el camino, y salí disparada en cuanto vi el edificio principal. Normalmente prefería caminar hasta la universidad, salir con tiempo y disfrutar del paseo urbano, pero dadas las circunstancias, no me quedó otra alternativa que utilizar el transporte público.

Jane estudiaba ingeniería, su facultad quedaba casi en la entrada, por lo que no tardé en llegar. Subí las escaleras a toda velocidad, y luego seguí por el pasillo, hasta alcanzar la sala de estudio que se encontraba en la tercera planta. Allí la encontré.

Sus cabellos dorados caían a un costado de su cuerpo, mientras sus iris cristalinos enfocaban los libros, ella era delgada por naturaleza y alta, como una modelo. Era hermosa, y no lo pensaba porque fuera mi hermana, sino porque de verdad lo era. Cualquiera persona podía reconocerlo con solo echarle un vistazo.

Entré en silencio y me acerqué con cautela, presintiendo de antemano que no sería bien recibida. Jane ni siquiera me miró cuando la saludé, simplemente hizo un gesto indicándome que debía guardar silencio.

—Jane, por favor —supliqué.

Entonces me topé con el frío hielo de su mirada. No solo estaba enfadada, estaba terriblemente furiosa, y ni siquiera podía recordar qué le dije para hacerla sentir así.

Se puso de pie para dirigirse a la salida, la seguí de cerca sintiéndome pequeña y estúpida. Sin embargo, no se detuvo en la puerta, sino que continuó caminando hasta llegar a los baños de la cuarta planta. Eran los más sucios y pequeños de la facultad. Por lo demás, quedaban bastante lejos, por lo que pocas personas solían venir. Me di cuenta que nuestra conversación iba a ser seria.

—Jane... —comencé a decir, pero ella me interrumpió.

—Elizabeth. —Utilizó mi nombre, no mi apodo—. ¿Qué pretendes? ¿Salir todas las noches y llegar borracha al apartamento? ¡No puedo soportarlo! Le pediré a mamá otro apartamento. ¡Estás actuando igual que papá!

Fue ahí cuando toda posible disculpa que pudiera haber formulado, se esfumó.

—¿En serio crees que es así de fácil? Solo vas a llamar y pedirás otro apartamento. La mayoría de las personas no pueden darse esos lujos, ¿sabes?

—¿Y porque la mayoría de las personas no pueden, estoy obligada a soportar a una alcohólica?

—Sí... es decir, no. ¡Argh! No importa. —Pelear no nos iba a llevar a ningún lado—. Jane, lo que hice ayer no estuvo bien. Lo siento, ¿vale?

Mi hermana me miró. Aún le dolía, estaba lastimada y era mi culpa, por lo tanto, debía controlarme e intentar arreglar el daño que había provocado.

—Bien. —Resolvió al cabo de unos minutos—. Me cuesta demasiado enfadarme contigo, pero Lizzie, debes controlarte. Sabes de sobra los problemas que causa el alcohol.

Me rasqué la cabeza. Era una manía que había adquirido cada vez que me ponía nerviosa o quería evitar un tema.

—Sí, lo sé —respondí, desviando la mirada al espejo.

Me encontré con el reflejo de una joven delgada, con grandes ojeras y un peinado caótico. Podían verse claramente mis raíces rubias bajo el tinte rojo. Mi ropa estaba arrugada y mi rostro lucía más pálido de lo habitual. Eso, sin tener en cuenta que había omitido el maquillaje esta mañana.

De pronto una figura envolvió la mía, y me encontré entre los brazos de Jane.

—Eres mi hermana menor y me preocupas —dijo—. Si tienes algún problema, puedes decírmelo.

Apreté la mandíbula y correspondí el abrazo, ocultando mi rostro para evitar dejarme en evidencia. ¿Cómo decirle que la amaba, pero a la vez no podía evitar odiarla por estar con el chico que desataba un terremoto en mi interior cada vez que lo veía? No, no podía. Aunque la verdad me estuviera matando.

—No, todo va bien —contesté, sabiendo que la coma en esa frase estaba demás.

Jane me tomó por los hombros y analizó mi rostro. Sabía lo que estaba viendo, una pobre chica de veintiún años, cuyos ojos azules estaban al borde de las lágrimas.

—Luces ves fatal —afirmó con fingida lástima.

Se me escapó una sonrisa.

—Gracias, siempre es bueno saberlo —bromeé.

—Espérame aquí, traeré el kit de emergencia.

Asentí antes de verla irse, dejándome sola, con un espejo que me recordaba a cada segundo lo miserable que lucía.

A veces parece ser más fácil odiarse a uno mismo que amarse.

Pero en ese caso, el problema tenía nombre y apellido: Victor Olivier, un chico de mi carrera, con el cual compartía un par de clases, ya que se había atrasado en algunas asignaturas y las estaba cursando nuevamente. Así lo conocí. Él era una persona tranquila. Era raro verlo tomarse algo con prisa o preocupación, solía tener una mirada positiva de todo lo que sucede, y su optimismo era inamovible. Así fue como me enamoré de él.

Fuimos buenos amigos hasta que me contó que estaba interesado en mi hermana. Eso me destrozó.

Pero no podía decirle eso a Jane. Este era el típico drama de la vida real. Y no sólo pasaba entre hermanas, sino también entre amigas, por lo que lo mejor era simplemente olvidarle, dejarlo pasar, volverme fuerte y verlos ser felices juntos. Era lo correcto.

Pero, ¡qué difícil era actuar de la manera correcta en casos así!

Jane volvió al cabo de unos minutos, traía un cepillo, un estuche de maquillaje, y una gran sonrisa que demostraba que ya había olvidado nuestra pelea.

Comenzó por desenredar mi espantoso cabello. Era más alta que yo por unos centímetros y los tacones le daban una ventaja extra sobre mis converse. El tono natural de mi cabello era un rubio muy similar al que

ella lucía con orgullo mientras que yo solía ocultarlo detrás de un fuerte rojo.

Cuando acabó, sacó su base de maquillaje y su corrector de ojeras. Ambas teníamos el mismo tono de piel, por lo que usualmente nos quedaban bien los mismos colores. Para finalizar, me aplicó un labial bermellón en los labios. Cuando miré el producto, descubrí que era mío.

—¡Esto es mío! —exclamé.

Jane mostró una sonrisa culpable en su rostro.

—¡Pero es tan lindo! —respondió.

Entre hermanas el límite de la propiedad privada era difuso y se traspasaba con demasiada facilidad.

capitulo

TRES

Regresé temprano a casa, sabía que estaría sola porque Jane saldría con su novio después de clase. La idea me dolía, pero tenía que empezar a aceptarlo, unos momentos a solas me ayudarían a acomodar mis ideas, y dentro de lo posible, esperaba que, con el tiempo, lograra poner orden a mis sentimientos.

Abrí la puerta de mi apartamento y caminé hasta la cocina en busca de un vaso de agua que no tardó en caer al suelo cuando me volví y encontré a un desconocido en mi sofá.

—Me alegra que hayas llegado temprano —dijo el extraño.

Mi primera reacción fue gritar y pedir auxilio. Busqué con la mirada con la mirada. El extraño estaba más cerca de la puerta que yo pero, puse todas mis esperanzas en poder alcanzarla y escapar. Él no hizo ningún movimiento cuando me vio correr hacia la puerta, pidiendo ayuda.

Apreté el picaporte e intenté abrirlo, sin éxito. La puerta estaba completamente sellada. La desesperación me invadió y la idea de saltar por la ventana me cruzó por la cabeza.

Me giré hacia él. Tenía el cabello rubio y ondulado, rasgos suaves y una mirada infantil, casi juguetona. No parecía una amenaza real. De hecho, se encontraba totalmente relajado en mi sofá, cambiando de ca-

nal, como si estuviese en su casa.

—¿Qué vas a hacerme? —pregunté, aterrada.

—Siempre tan escandalosa —repuso el extraño—. Ayer tuve que pedirle a Morfeo que mantuviera ocupada a tu hermana para que no la despertaran tus gritos.

—¡¿Qué?!

Este tipo estaba loco. ¡Estaba encerrada con un desquiciado! Apagó la televisión y se puso en pie, era más alto que yo y al verlo acercarse, apreté mi cuerpo contra la puerta, esperando poder atravesar las paredes.

—Tenemos cosas que hacer. Hablé con Adrian, él forjará tu arco.

—¿De qué diablos estás hablando?

—¿En serio pensabas que te iba a prestar mi arco? Tus manos se quemarían mucho antes de poder tocarlo. Lo mejor será que hagan uno acorde a tus capacidades.

—¡Estás loco! ¡Aléjate o llamaré a la policía! —amenacé.

Había dejado mi móvil en la cocina, pero esperaba que mi amenaza pudiera asustarlo un poco.

El desconocido se llevó una mano a la cabeza y suspiró con exasperación.

—¡Oh! Ya lo entiendo, no recuerdas nada —concluyó—. Estabas tan borracha que se te apagó la televisión.

Lo miré con extrañeza. Lo que decía aún me parecía ilógico, pero parecía saber que ayer había llegado a casa completamente borracha, por lo que cabía pensar que lo había conocido durante la noche. O era un acosador que me había seguido camino al apartamento.

O quizás...

—¡Ay no! ¡No me digas que...! —dejé la frase inconclusa, ni siquiera era capaz de terminar la idea—. ¡Dime que usamos condón!

Me apreté el estómago con las manos, luego hice lo mismo con mis caderas y con mi cuerpo. Sabía que el despecho podía llevar por malos caminos, pero no esperaba llegar tan lejos. ¡Había traído un desconocido a mi apartamento!

Pero juraría que cuando desperté no estaba en el apartamento, entonces ¿cómo había entrado? No podía haber desaparecido durante toda la mañana para regresar a despedirse por la tarde, era ilógico.

—No, no es nada de lo que estás pensado —me garantizó el desconocido—. De hecho, es mucho más... extraño.

Estaba segura de que mi rostro reflejó el máximo de preocupación que podía expresar.

—Dime qué hice —pedí.

—Tendré que explicártelo todo de nuevo —espetó exasperado, se notaba que la idea no le agradaba—. Bien, siéntate, no me gustaría que te desmayaras y volver a empezar por tercera vez.

Se me hizo más que extraño obedecer, pasar por su lado, tomar asiento y escucharlo. Jugué nerviosamente con mis manos en mi regazo y mi frente se cubrió por una fina capa de sudor.

—Me presento nuevamente: mi nombre es Eros, dios griego del amor —explicó y guardó silencio un momento, esperando mi reacción.

—¿Es una broma? —pregunté, sonando extrañamente tranquila.

—No, no lo es.

Me puse en pie y me encaminé en dirección a la puerta, pero “Eros” se cruzó en mi camino.

—Anoche me creíste —señaló.

—Anoche estaba borracha —recalqué. No estaba para bromas.

Intenté pasar por su lado, pero nuevamente me cortó el paso. Vi que sacaba algo de su pecho, era un collar con una extraña forma, tiró de éste con fuerza, hasta que la fina cadena que lo sostenía se rompió.

En cuanto el collar abandonó su cuello, vi con mis propios ojos cómo su cuerpo cambiaba: primero su torso, luego sus extremidades y todo en él se encogió. Pequeñas alas salieron de su cuerpo y de pronto la ropa le quedó demasiado grande, por lo que cayó al suelo, dejándolo literalmente, en pañales.

Frente a mí ya no había un chico de mi edad al que jamás había visto, sino un bebé rubio con alas.

Iba a gritar, sabía que iba a gritar, pero estaba tan congelada que era incapaz de emitir sonido alguno. Ni siquiera podía pensar, todo mi cerebro estaba enfocado en una sola tarea: entender qué estaba pasando. Y no podía encontrar la respuesta.

—¿Ahora me crees? —preguntó el dios.

Sentí que mis piernas se debilitaban y deseé haber seguido su consejo de permanecer sentada. Iba a caerme, mi cuerpo no respondía. Eros se dio cuenta y volvió a ponerse su collar, recuperando la forma de un joven de veinte años.

Se acercó a mí y con cuidado me ayudó a regresar a mi asiento, antes que su profecía se cumpliera y de verdad me desmayara.

—Si lo veo así, hay que ayudarte tanto sobria como ebria —bromeó.

—Estás desnudo —murmuré.

En efecto, ya que sus ropas habían caído cuando su cuerpo se encogió, ahora que había recobrado un tamaño normal, podía ver todo su torso desnudo, digno de un dios griego, y para mi mayor vergüenza, no podía apartar la mirada.

—¿En serio acabo de revelarte que soy un dios y lo que te preocupa es que esté desnudo? —Recogió su ropa y volvió a vestirse, sin ningún pudor.

No sabía qué decirle, ni qué preguntar. Mi cabeza estaba absolutamente en blanco, mi cerebro solo podía dar órdenes básicas, como respirar.

Eros se sentó en una silla disponible cerca del sofá donde me encontraba y me analizó, esperando ver si me encontraba en condiciones óptimas para proseguir con su explicación.

A estas alturas, tenía miedo de cualquier cosa que pudiese decirme, porque sabía que no sería nada bueno.

—Anoche estabas enfadada conmigo —dijo—. Así que decidí venir a verte. Dijiste cosas bastante feas de mí, creo que incluso llegué a sentirme un poco mal.

—Tú me flechaste con la persona equivocada —le acusé rápidamente. Eros sonrió.

—Sí, hablamos de eso también —admitió—. Así que llegamos a un acuerdo.

—¿Acuerdo? —repetí. No me gustaba cómo sonaba la idea.

—Sí. Ya que crees que mi trabajo es sencillo, pues que solo se trata de escoger a dos personas y flecharlas mutuamente, te desafié a formar tres parejas felices —explicó.

—¿Y yo acepté eso? —inquirí.

—Claro —dijo como si fuera la cosa más obvia del mundo.

—¿Cómo? ¿En qué momento?

—Pues como se sellan todos los acuerdos, linda. Con un beso.

—¿Qué?! —instintivamente, me tapé la boca con las manos—. ¿Es broma?

—¿Todavía crees que estoy jugando?

—¡No me lo puedo creer! —Lloré—. Deje que un completo desconocido me besara.

Aunque yo estaba desesperada, Eros parecía bastante conforme con la situación.

—Deberías sentirte afortunada. No todas tienen la suerte de ser besadas por un dios griego.

Su broma no me hizo ninguna gracia. Me sentía demasiado perpleja. Aunque si lo pensaba bien, solo tenía que apuntar y disparar un par de flechas a cualquier persona. No parecía tan difícil.

—Si logras formar tres parejas te daré una flecha especial, que te permitirá olvidar a Victor. Pero si no lo consigues, tendrás que confor-

martes con ver al chico de tus sueños con tu hermana —agregó Eros.

—¿En serio?!

De pronto ese acuerdo comenzaba a agradarme.

—Así es —afirmó—. Pero deben ser tres parejas felices. Es decir, la unión debe funcionar, sin causar daño a otros ni a ellos mismos. ¿Entiendes? Eso tarda un poco en verse, pero no te preocupes, no tienes un plazo para cumplir con tu parte, así que puedes tomarte todo el tiempo que quieras.

Seguramente él no tenía prisa. Después de todo, ¿qué es el tiempo para un dios? Sin embargo, yo estaba ansiosa, quería completar mi labor lo antes posible para así poder hacer a un lado mis sentimientos.

—¿Y cuándo empiezo? —inquirí emocionada.

—Tengo que entregarte tus herramientas —explicó—. Le he pedido a un descendiente de Hefesto que cree un arco que puedas manejar.

—¿Y a qué estamos esperando? —pregunté, poniéndome de pie.



—Yo creía que el dios del amor se llamaba Cupido —comenté.

—Muchos han intentado copiarme, pero nadie me puede igualar —contestó.

Primera conclusión del día: ese chico tenía el ego muy alto. Parecía que el culto se le había subido a la cabeza.

Tomamos el autobús a un par de calles de mi apartamento. Era una línea que nunca tomaba, pero que cuyo recorrido conocía, ya que en mis primeros días como chica de ciudad me había estudiado las rutas del transporte urbano por precaución.

Nos bajamos en una de las últimas paradas. Estábamos en una población modesta, de clase media.

Seguí a Cupido a través de las casas, las cuales se encontraban dispuestas como un juego de tetris.

Nos detuvimos frente a una casa color pastel, con una reja blanca y una gran cantidad de rosas rojas en el jardín. Se veía un lugar bien cuidado. Unos segundos antes de que Eros pudiese tocar el timbre, mi teléfono móvil comenzó a sonar en el bolsillo. Supe, por el tono de llamada, que era de esas que no podía dejar de atender.

—¿Cómo estás, mamá? —pregunté, con el móvil pegado en la oreja.

Una sonrisa maliciosa se asomó en los labios de Eros, quien se cruzó de brazos y se apoyó en la reja.

—¡Eliza! Qué bueno que contestas.

¿Les conté que mi madre a veces me trataba como si realmente fuese Elizabeth Bennett?

—Sí, bueno, es que he estado algo ocupada —mentí.

—Jane me contó que anoche no te sentías muy bien, así que estaba preocupada —insistió.

Gracias, hermana mía.

—Solo tenía náuseas, ya pasó —me excusé.

Eros no se molestó en contener una pequeña risa sarcástica. Levanté el dedo índice, ordenándole guardar silencio.

—¿Compraste tus medicamentos? ¿Qué estás tomando? Si sigues sintiéndote mal, pide una cita al médico —sugirió mi madre desde el otro lado de la línea.

Puse los ojos en blanco, ofuscada por aquella conversación sin sentido.

—Sí, lo haré. Te mantendré informada mamá, pero ahora tengo que irme. Lo siento, te quiero.

Mi madre balbuceó un par de cosas más antes de permitirme colgar.

Tomé una profunda bocanada de aire. Jane me había acusado, pero al menos no le había dicho que en realidad me sentía mal por estar borracha. De todas maneras no debió haberle dicho nada a mi madre, la estaba preocupando innecesariamente.

—¿Problemas en el paraíso? —cuestionó Eros divertido.

—Nada de tu incumbencia, Cupido —repliqué.

—Mi nombre es Eros —corrigió.

—Me contaron que tus amigos te dicen Cupido —me burlé.

Movió la cabeza de un lado a otro, antes de golpear la puerta de la casa.

Una mujer alta, de largos cabellos castaños se asomó por la ventana, y una sonrisa iluminó su rostro en cuanto reconoció a su visitante. Salió de casa y nos abrió el portón principal. A juzgar por su maquillaje, su blusa de un perfecto blanco y su falda negra, deduje que podía ser una secretaria que se escapó de la oficina para venir.

—¿Qué tal, Michelle? Te presento a Lizzie —dijo Eros—. Lizzie, ella es Michelle Katsaros.

—Es un placer conocerte —respondió la mujer extendiendo la mano para que la estrechara.

Nos invitó a entrar a su casa. El recibidor era pequeño, pero acogedor, con una pequeña chimenea para ahuyentar el frío, una mesa de centro hecha de madera y un par de cómodos sillones.

—Lamento que Julio haya tenido que volver a Grecia. De lo contra-

rio, estoy segura que habría aceptado tu encargo con sumo gusto —dijo Michelle a Eros.

—Oh, no hay problema —respondió el dios—. Me enteré de que su hijo ha hecho buenos trabajos últimamente.

Una enorme sonrisa iluminó el rostro de la mujer, como si el elogio hubiese sido para ella.

—Le diré que baje. Mientras tanto, ¿quieren tomar algo? —sugirió.

Eros pidió un vaso de zumo y yo repetí el encargo, solo porque sí.

Nos quedamos solos en el recibidor. A diferencia de mí, él caminó relajadamente y se sentó en uno de los sillones, con tanta calma que cualquiera habría pensado que estaba en su propia casa. Y yo, por otro lado, me quedé de pie jugando con mis manos, pues era incapaz de ocultar mi ansiedad.

Al cabo de unos minutos, apareció un chico. Pasó por mi lado, haciendo caso omiso a mi presencia. Sin embargo, a Eros le estrechó la mano amistosamente.

—¡Mira cómo has crecido! —exclamó Eros—. Pronto parecerás mi abuelo. ¿Cuántos años tienes ya?

—Tengo los suficientes como para que no parezcas mi nieto en un buen tiempo.

Entonces, repentinamente el dios hizo un gesto de reconocimiento, como si se hubiera olvidado de mi existencia y de pronto, me recordara.

—Adrian, ella es Lizzie —dijo señalando con ambas manos en mi dirección.

Me resistí a levantar la mano y saludar, porque me haría ver demasiado tímida, sin embargo, no sabía cómo manejar tanta atención. Pero Eros sí. Caminó hasta donde me encontraba y pasó el brazo por mis hombros, obligándome a caminar junto a él.

—Lizzie, te presento a Adrian Katsaros. Es descendiente de Hefesto y se encargará de hacer tu arco para que puedas repartir amor por el mundo.

El chico asintió con la cabeza, mientras que Eros me sentaba en el sofá, antes de hacerse a un lado, para que Adrian se situara a mi lado.

Sus ojos oscuros me miraron con detenimiento. Tomó mis manos entre las suyas, sin despegar su hipnótica mirada de la mía. No podía pestañear ni apartarme, y en algún momento presentí que estábamos traspasando los límites de la confianza, pero no quería interrumpir lo que fuese que estuviera haciendo.

No pude evitar sentirme un poco decepcionada cuando se giró hacia Eros, quien esperaba de brazos cruzados, a nuestro lado.

—Tiene buenas manos —dijo Adrian—. Seguramente ha trabajado

en algo que requiera esfuerzo físico. El campo, o algo así.

Nuevamente, sentía el lenguaje de los dioses como algo extraño y ajeno, a pesar que acertó en lo referente al campo. Durante el tiempo que permanecí con mis padres, solía levantarme temprano para ayudar con las labores diarias.

En ese momento, Michelle entró con dos vasos de zumo, los cuales casi había olvidado. Nos preguntó cómo iba el trabajo y se retiró sin ofenderse cuando su hijo le dio una respuesta seca.

Eros tomó su vaso y le dio un sorbo, yo lo imité mientras que Adrian solo se quedó mirando el vacío.

—Sin embargo, tiene un cuerpo debilitado —habló de pronto—. Creo que ha estado consumiendo drogas últimamente y eso la está dañando. Aun así, tiene suficiente fuerza para arrojar una flecha, su experiencia anterior la hace apta.

—Eso es bueno —Eros sonrió—. ¿Cuándo tendrás listo el arco?

—Mañana. Esta noche trabajaré en él —respondió Adrian—. No será muy difícil, tiene buenas manos. Sin embargo, no tiene sangre de dios ni de ángel ni de ninguna otra criatura, así que al principio le costará resistir los efectos del arco. Tampoco parece haber practicado arquería, así que necesito una herramienta que haga gran parte del trabajo por ella, lo cual será un poco difícil, ya que no tiene suficiente energía para entregarle. Necesitaré encontrar el equilibrio.

—Hablas como un profesional —indicó Eros.

—Lo soy —repuso el muchacho.

El descendiente de Hefesto y el dios del amor intercambiaron un par de palabras más antes de irnos. Una sensación extraña me invadió una vez fuera, como si hubiese subido al cielo y ahora estuviese de regreso en la tierra. Todo era raro, increíble e incluso irreal, pero sabía que no era un sueño, no iba a despertar en cualquier momento e iba a retomar mi vida como si nada hubiese pasado. Estaba pasando. Y, extrañamente, me sentía demasiado calmada al respecto. Curiosamente, salvo los nervios y la ansiedad —reacciones totalmente lógicas e incluso evidentes dada la situación en la que me encontraba—, no me sentía desesperada, estaba muy lejos de experimentar un ataque de pánico. Sólo me preocupaba que esto fuera solo la calma antes de la tormenta y que en cualquier momento mis sentimientos explotaran.

—Bueno, Lizzie, fue un placer hacer negocios contigo —escuché decir a Eros—. No olvides venir mañana a por tu arco. Tengo cosas que hacer, pero vendré a verte para entregarte las flechas.

Quise reclamar, pero antes de poder decir algo, Eros desapareció frente a mis ojos, dejándome sola en un barrio desconocido, con muchas preguntas pendientes y un encargo para mañana.

—¡Que falta de respeto! —grité, sabiendo que podía escucharme, así como lo había hecho la primera vez.

capitulo

CUATRO

Aproveché lo que me quedó de día para volver a teñirme de rojo. Jane llegó muy tarde, rebosante de alegría, y preferí que mantuviéramos las distancias. Todo parecía estar yendo mal entre las dos y no quise empeorarlo, ahora que nos encontrábamos en paz.

Ella no pareció notar mi actitud distante y, si lo hizo, tampoco le importó, estaba demasiado feliz. Iba de un lado a otro con pasos ligeros, casi bailando al ritmo de la canción que tarareaba.

—Aún no entiendo por qué insistes en cambiarte el color, nuestro rubio es bonito —comentó cuando me vio salir del baño luciendo mi nuevo cabello rojo.

Me encogí de hombros sin encontrar una buena respuesta a su pregunta, más allá del hecho de que nuestras personalidades eran tan distintas como la luz y la oscuridad, y ya se imaginan qué papel ocupaba cada una.

Mientras cenamos tuve que aguantarme escuchar todas las cosas maravillosas que Victor había hecho ese día. Sus ojos brillaban, estaba muy emocionada y yo no podía corresponder a esa emoción. No quisiera que se me malinterprete: era mi hermana y la amaba, pero en esa ocasión no podía compartir su alegría.

Me tocaba a mí lavar los platos, y ella se ofreció para secar, pues

quería seguir contándome sus aventuras con su nuevo novio, lo que significó otra hora más de tortura. Se sentía tan feliz, tan dichosa, y me alegraba saber que estaba bien, pero era tan difícil ocultar que sus palabras me destrozaban el corazón. Era horrible.

Cuando acabamos caminé hacia mi habitación, solo quería dormir y despertar en un mundo donde no estuviese enamorada del novio de mi hermana.

—¿Va todo bien? —preguntó Jane.

—Sí, solo estoy cansada, he tenido un largo día —No era una mentira del todo.

Mi hermana me dirigió una mirada comprensiva que me hizo sentir aún peor, antes de dejarme partir. Una vez en mi cuarto, apagué las luces y me tiré en la cama. Ni siquiera tenía ánimos para ponerme el pijama. La conversación me había desanimado a tal punto, que nuevamente sentía el corazón roto.

Al menos esta vez tenía una esperanza. Eros iba a hacerme olvidar si completaba el maldito acuerdo.

A la mañana siguiente, me levanté temprano con aquel único objetivo en mente. Solo necesitaba llegar a casa de Adrian, recoger mi arco y pronto sería una mujer libre.

Jane preparó el desayuno, estaba tan feliz como el día anterior, tras su cita. Cuando vi la mesa del comedor tan perfecta, llegué a preguntarme si había invitado a Victor a desayunar con nosotras.

—Como ayer te vi tan desanimada, hoy pensé en hacer que tu día empezara bien—dijo.

¡Santo Cielo! ¡¿Por qué tenía que ser tan buena persona?! Esos detalles solo me hacía sentir peor. Mantuve mi ánimo arriba y le agradecí el gesto con una enorme sonrisa, confiando en que pronto se acabaría la tortura. En silencio, me serví unos cereales y los mezclé con yogur. Jane decidió empezar con unas tostadas. En ese momento llegó nuestra llamada de sábado por la mañana. Ambas nos limpiamos la boca y Jane tomó el teléfono, puso el altavoz y elevó el móvil para que nuestras voces pudieran escucharse fuertes y claras.

—¡Buenos días, mamá! —gritamos al unísono.

Esa era una buena mañana. Hacía tiempo que no me sentía tan bien en casa, era como si la promesa de Eros me hubiera renovado, llenándome de esperanzas.

Hablamos un rato con nuestra madre y luego terminamos el desayuno. A pesar de que era el turno de Jane, ya que ella había preparado la comida, decidí reemplazarla y limpiar los restos del desayuno. Todo iba a las mil maravillas.

Mientras mi hermana usaba la ducha, yo terminé de vestirme y de arreglarme.

—¿A dónde vas tan temprano? —cuestionó Jane al verme lista para partir.

—Yo... tengo que devolver un libro antes que la biblioteca cierre — Era una excusa pésima, pero ella estaba de tan buen humor que ni siquiera dudó.

—Bien, ¿te importaría pasar por la tienda antes de volver a casa? Necesitamos pan y una docena de huevos —sugirió.

No estaba en posición de poder negarme a su petición, por lo que asentí antes de recoger mi mochila.

Recordaba bien el camino que había tomado con Eros, así que me dirigí a la misma parada de autobús, me subí a la misma línea y me detuve en el mismo lugar para continuar mi recorrido a través de las casas.

Esta vez no me abrieron al instante. Por el contrario, tuve que llamar varias veces el timbre antes que el rostro de Adrian se asomara por la ventana.

Adrian me dejó entrar, saludándome de manera seca, aunque a esas alturas me había hecho la idea de que no era un chico muy amigable.

Su cabello castaño estaba desordenado y lucía unas pronunciadas ojeras, dándome a entender que no había dormido nada la noche anterior.

—Sígueme —pidió.

Lo acompañé hasta una pequeña puerta que había después del recibidor. Detrás, estaba totalmente oscuro. Debía admitir que el temor me invadió, aunque cuando las luces se encendieron la sensación no mejoró, sino todo lo contrario, parecía exactamente la clase de lugar donde encierras a tu víctima para matarla. Era una habitación de cemento y madera, con una mesa de trabajo puesta en el centro. Parecía una suerte de garaje en el interior de la casa, con herramientas de todo tipo colgando de las paredes y un horno con brasas ardiendo en su interior.

Me sobresalté cuando Adrian llegó a mi lado, estaba tan absorta observando el lugar que ni siquiera lo vi venir.

—El taller de mi padre es más grande, este lo improvisé para poder hacer algunos trabajos —explicó al notar que estaba contemplando el sitio, aunque mis pensamientos iban en una dirección muy diferente a la que él creía.

—Es muy... bonito—dije no muy convencida.

—Sé que es impactante, pero es la mejor guarida que alguien podría desear.

Vi que sus ojos se iluminaban ligeramente y por primera vez pude

ver una tenue sonrisa en sus labios. No era muy expresivo, pero debía reconocer que tenía una bella sonrisa. Y esa era la primera vez que actuaba sin ignorar mi existencia.

Adrian recogió un arco que se encontraba en su mesa de trabajo y me lo entregó. Era hermoso, se notaba que había puesto mucho esfuerzo en él. La cuerda estaba tensada en ambos extremos del material dorado que la sostenía, y tenía el tamaño ideal para que no resultara incómodo de cargar e incluso, podía decir que su diseño era bastante femenino. Jamás me había esperado que un chico tan callado y serio pudiese realizar algo tan maravilloso.

—Te ha quedado perfecto —admití admirando su trabajo.

—Me alegro que te guste —habló con conformidad—. Me basé en tu esencia. Tu herramienta debe conectare contigo, tiene que ser un complemento.

Lo sostuve entre mis manos con cuidado, como si en cualquier momento fuese a romperse. Cuando todo esto acabara iba a pedirlo como recuerdo.

—Vamos al patio, te enseñaré a usarlo —ofreció Adrian.

Asentí y lo seguí al patio trasero, donde para mi sorpresa, divisé tres postes de tiro. A un costado, encontré una caja de madera, con flechas en su interior.

—Presta atención —pidió Adrian tomando un arco y plantándose como un profesor frente a mí—. Manejar un arco no es una tarea sencilla: debes controlar la dirección del viento, la tensión de la cuerda, la presión, la fuerza y la dirección de la flecha, entre otras cosas, pero como no tienes tiempo para aprender todo aquello, he diseñado una herramienta que calculará todo eso por ti, casi como un ordenador. ¿Entiendes?

Asentí.

—Bueno, este mecanismo requerirá tomar parte de tu energía, ya que tendrá que controlar por sí mismo cosas que usualmente suele hacer el arquero, por lo que de alguna manera debes darle el poder de hacerlo —continuó diciendo—. Supongo que sabes cómo tomar uno.

Volví a asentir pensando en la gran cantidad de series y películas donde había visto utilizar un arco; sin embargo, Adrian se quedó mirándome inquisitivo, dándome a entender que con afirmar no le bastaba. Debía mostrárselo.

Tomé mi arco, con una mano sostuve la cuerda y con la otra la parte posterior del brazo dorado.

Me gané una mirada de reprobación.

—¿Y cómo piensas sostener la flecha tomándolo así? —inquirió.

Ni siquiera entendí el fin de su pregunta.

De modo que fue y tomó una de las flechas para entregármela, en cuanto la puse entre mis manos, esta cayó por el frente, de modo que quedó apuntado hacia el suelo. Entonces entendí que con mi postura no podía darle dirección al proyectil.

—¿Sabes tomar un arco? —repitió la pregunta.

—Está bien, creo que no lo sé —admití.

Mi profesor tomó mis manos y las acomodó sobre mi nueva arma, de modo que esta vez mi mano izquierda quedó en el centro de la empuñadura.

—Eres diestra, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —afirmé.

Con mis manos en posición, empujó mis pies con los suyos para separarlos ligeramente, luego estiró mi espalda y puso su mano debajo de mi mentón para elevarlo también.

—Estás tensa, relaja tu postura —ordenó—. No tienes de qué preocuparte, el arco hará todo por ti. Bueno... casi todo.

Era difícil relajarse sin más, pero intenté obedecer moviendo mis hombros en círculos hacia atrás para rebajar la tensión de mis músculos.

—Ahora concéntrate en el primer blanco, ordena al arco que acierte en él —pidió.

Hice lo que me decía. Centré toda mi atención en el objetivo que encabezaba el trío, el primer círculo rojo pintado en la pared. Apreté el arma con fuerza, intentando transmitirle mis deseos y cuando estuve lista, solté la flecha. Ésta cruzó el aire en un parpadeo y fue a parar muy cerca del centro.

Una sonrisa se dibujó en mis labios, miré a Adrian esperando su aprobación, pero él solo asintió y me señaló el siguiente objetivo.

—Haz este tú sola —ordenó.

Sin protestar di dos pasos a mi derecha, de modo que quedé frente al nuevo blanco. Acomodé la flecha y tomé posición, repitiendo el mismo procedimiento con el que había acertado con anterioridad.

Esta vez ni siquiera se acercó al punto rojo.

—Fíjate bien, tus intentos deben ser certeros, no olvides que estás jugando con los sentimientos de la gente —dijo.

Bastaba con que me dijese que había fallado, no había necesidad de agregar más.

Continuamos practicando. Una vez que logré dominar la postura y los tiros fáciles, Adrian comenzó a complicarme las cosas, primero tuve que dejar de lanzar en línea recta, sino que desde distintas posiciones, luego colocó algunos obstáculos, de modo que tuve que acomodarme a

ellos antes de lanzar. Se nos hizo tarde entrenando, la hora de almuerzo se nos pasó sin darnos cuenta y en su rostro el cansancio era cada vez más evidente.

Sabía que esas no eran las mejores condiciones para enseñarle trucos nuevos a una persona, agotado y hambriento, sin mencionar que no parecía ser la persona más paciente del mundo, y estaba haciendo un esfuerzo para tenerme lista.

—¿Quieres que pida una pizza? —pregunté de pronto. Adrian me miró confundido—. Has estado trabajando mucho, debes estar muerto de hambre y yo también.

Devolví mi atención a la flecha y esta vez, la flecha no acertó.

Hice una mueca, pero no dejé que me desanimara. Bajé el arco para plantearme frente a él.

—No sientas vergüenza —insistí—. Yo invito, es lo menos que puedo hacer.

Adrian pareció pensárselo un poco más, pero finalmente acabó cediendo.

Entramos a casa y busqué en mi móvil la página web de una pizzería. Le mostré la pantalla con el menú, y él repasó cada una de las opciones sin estar muy convencido de ninguna.

—La hawaiana es muy buena —comenté intentando ayudar.

—Pide una napolitana —dijo ignorando totalmente mi propuesta.

—Está bien —acepté sin ocultar mi tono ofendido.

Marqué el número e hice el pedido, Adrian me dio la dirección, pero nuevamente sentí que le hablaba al vacío. Era extraño, su actitud había cambiado, al igual que la primera vez que nos vimos, nuevamente estaba siendo ignorada y aquello no me gustaba. Iba a preguntar cuál era su problema, cuando sentí un repentino peso en mi hombro. Sí, Adrian se había quedado dormido. Quise ofenderme, pero sabía que había estado trabajando toda la noche por mi culpa, así que no pude culparlo. Fue irreal sentirlo tan apacible, tras ser tan brusco en el entrenamiento y tan lejano en estos dos días. Ahora, era como un niño agotado.

Cuando el timbre sonó, me puse de pie con cuidado, acomodando a Adrian en el sofá para no despertarlo.

Pagué y dejé la pizza sobre la mesa. Era difícil ubicarse en una casa que no era la propia, y aún más cuando el dueño no ayudaba, pero con algo de esfuerzo logré dar con la cocina. Abrí todos los cajones hasta que encontré la vajilla.

Mientras sacaba los utensilios, escuché unos pasos acercarse.

Me giré para encontrar a un adormilado Adrian apoyado en el marco de la puerta.

—No tienes que preocuparte tanto —dijo.

—Me sentiría bastante mal si te dejo solo y sin comer —repliqué.

—Ve al salón, yo me encargo —pidió.

No quise reclamar, si bien estaba cansado y necesitaba descansar, era consciente que lo mejor era hacerle caso por lo imperativo de su tono.

Se hizo como él quería, y ya que Adrian era una persona de pocas palabras, no hubo ninguna conversación entre ambos. Éramos dos desconocidos compartiendo una pizza. Raro, pero cierto.

Por eso, cuando el último trozo desapareció de la caja, supuse que ya no tenía motivos para quedarme y si no me iba por mi propia cuenta, acabarían echándome.

—Muchas gracias por todo —dije. Recogí mis cosas, incluyendo mi nuevo arco y caminé a la entrada.

Entonces sucedió lo inesperado.

—¡Espera! —La voz de Adrian me tomó por sorpresa.

Me di la vuelta al instante.

Él se puso en pie y llegó hasta donde me encontraba. Era más alto que yo y probablemente fuese de la edad de Jane. No tenía idea de qué hacía para ganarse la vida, qué estudiaba si es que lo hacía, no sabía nada de él, salvo que era un pariente de Hefesto, el dios del fuego, y como tal, era capaz de forjar herramientas mágicas. Tal vez ese último dato era más de lo que muchos de sus conocidos sabían sobre él, no debía ser fácil ir por la vida reconociéndose como pariente de un dios griego. Definitivamente no.

—Yo... quería pedirte algo —en su rostro pude ver que lo que estaba a punto de decirme era difícil.

No dije nada, lo dejé tomar impulso por su cuenta.

—Me gustaría que le dispararas a alguien —me quedé en blanco, asustada, y de pronto solo sentí deseos de huir—. Con el arco, tonta.

Una sensación de alivio me recorrió al saber que no tendría que matar a nadie; sin embargo, no pude evitar soltar una risita nerviosa al darme cuenta lo estúpida que había sido.

—Claro, con el arco, ¿con qué más? —Me reí de mí misma.

La expresión de Adrian no cambió. Estaba serio, pero podía ver en su mirada que aquello era importante para él y quise ayudarlo, así como él me había ayudado a mí.

—¿Y quién es tu amor secreto? —pregunté.

—Quiero que fleches a mi madre —respondió Adrian casi al mismo tiempo.

—¿Qué?!

capitulo

CINCO

Tras llevarme el susto de mi vida al pensar que Adrian quería ser flechado con su madre, descubrí que ese solo había sido otro de aquellos lapsus en los que ignoraba lo que decía y solo seguía con lo que estaba diciendo.

—Quiero que fleches a mi madre con mi padre —explicó.

No pude evitar suspirar aliviada.

—Deberías tener cuidado de dónde pones las pausas —pedí—. El suspenso no me hace bien.

—¿Lo harás? —preguntó Adrian, ignorando mis reclamos.

—Claro, solo explícame por qué debería flechar a una mujer con su esposo, no es como si...

Me quedé en silencio al caer en la cuenta de que tal vez estaba hablando de más. Los ojos de Adrian lo confirmaron. Michelle Katsaros no amaba a su esposo.

Reconozco que me quitaba un peso de encima el saber que no estaba frente a un hijo con algún extraño síndrome que lo hiciese desear a su madre. Después de todo, el síndrome de Edipo debía su nombre a los griegos. De todos modos, me sentía mal por él, podía imaginar lo difícil que era crecer con padres que no se amaban.

—Pero, ¿por qué? —pregunté.